

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La hora de la aceptación [The time of acceptance]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Tellechea, José Ignacio
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-06 18:10:13
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224479

NUESTRA REVISTA

LA HORA DE LA
ACEPTACION

LA IGLESIA Y LA
CIUDAD TERRESTRE

SACERDOCIO Y ACCION
TEMPORAL

IMPLICACIONES PASTORALES
DE LA LIBERTAD RELIGIOSA
EN ESPAÑA

LA LIBERTAD DEL
ACTO DE FE

BOLETIN SOBRE
LIBERTAD RELIGIOSA

VOCABULARIO
DE TEOLOGIA BIBLICA

DOCUMENTACION CONCILIAR

1966

1

IGLESIA

REVISTA DE PENSAMIENTO CRISTIANO

VIVA

IGLESIA VIVA n.º 1 - 1966

PRESENTACION	3
ESTUDIOS	
La hora de la aceptación. Por <i>J. Ignacio Tellechea</i>	9
La Iglesia y la ciudad terrestre. Por <i>Rafael Belda</i>	21
Sacerdocio y acción temporal. Por <i>Ricardo Alberdi</i>	31
Implicaciones pastorales de la libertad religiosa en España. Por <i>Manuel Useros</i>	51
NOTAS	
Libertad de la fe y de la religión. Por <i>Gregorio del Olmo</i>	73
BOLETIN	
Libertad religiosa. Por <i>José María Setién</i>	81
LIBROS	
Vocabulario de teología bíblica	89
Documentación conciliar (DO-C)	92
Libros recibidos	95

ANTE la proliferación de publicaciones aparecidas apenas terminado el Concilio, resulta indispensable decir aquí por qué ha nacido y con qué propósitos esta nueva Revista. Hay unas convicciones, un poco lejanas si se quiere, que han influido decisivamente en su nacimiento y que seguirán caracterizando su existencia, la existencia larga o exigua que Dios quiera concederle.

Ante todo, esta Revista existe porque hay unos cuantos cristianos, sacerdotes y laicos, que consideran la vida de la Iglesia como tarea que hay que llevar adelante entre todos. Esta muchedumbre de creyentes convocada por el Padre, establecida por Cristo y empujada por el Espíritu Santo hacia la gran salvación final, tiene que ser continuamente confortada, sostenida, ayudada de mil maneras diferentes por todos los que la componen.

Por supuesto que la principal actividad es la de Dios, pero esta asistencia misericordiosa del Padre que, en Cristo y por el Espíritu Santo, conduce nuestras vidas hacia su propia plenitud, no se abre camino normalmente en nuestra existencia sino empapada en una compleja fronda de ideas, sentimientos e impulsos que dependen en gran parte de nuestro medio vital, de las personas con quienes vivimos y que influyen en nosotros.

Nuestra generación ha aprendido del Vaticano II algo muy importante que no debe olvidar jamás: el carácter dinámico y evolutivo del ser consciente de la Iglesia, espesor humano de nuestra vida cristiana. Los que habían imaginado una Iglesia

del todo hecha y perfecta, a medida de nuestra pereza, han sufrido una grave conmoción ante el fenómeno de un Concilio que ha hecho de la renovación y de la reforma de la Iglesia su principal tarea; un Concilio que escruta los «signos de los tiempos» como indicador de las actuales exigencias de Dios y de nuestras concretas responsabilidades.

Esta situación, que podríamos llamar la crisis conciliar de la Iglesia, tiene entre nosotros una extensión y unas características muy particulares. Terminado el Concilio, cada porción de la Iglesia universal debe aplicarse generosamente a hacerlo carne en su vida. A todos nos van a hacer falta dosis enormes de entusiasmo y de humildad, de eficacia y de paciencia. Habrá que dejar a un lado las reacciones parásitas inspiradas en los nacionalismos, en las nostalgias, en las preferencias personales y colectivas; todo aquello que no esté verdaderamente inspirado en el Espíritu Santo, en un ascético deseo de servir a la vida presente y futura de la Iglesia. Semejante tarea no se cumplirá sin una esforzada clarificación de las inteligencias y sin una dolorosa purificación de los corazones.

Pero lo más importante es que cada uno atinemos a realizar nuestra propia tarea sin perdernos en polémicas inútiles y en infantiles rivalidades con los demás grupos de la Iglesia.

* * *

Y si volvemos los ojos a nuestra tarea de católicos españoles, ¿cómo no reconocer que va a ser indispensable antes que nada un enorme esfuerzo de renovación intelectual? El Concilio no ha nacido de la nada. Largos años de estudios bíblicos y patristicos, de difíciles contactos con los pensadores contemporáneos profundamente alejados del cristianismo han hecho posibles, y necesarios, los riquísimos textos conciliares rebosantes de sabiduría y de prudencia.

Debemos reconocer honestamente que todos estos movimientos, que están a la base del Concilio, no habían penetrado entre nosotros con suficiente profundidad y extensión como para hacer posible una evolución espontánea y tranquila. El edificio teológico y pastoral de una gran parte de nuestro clero y de nuestros fieles había ya cubierto aguas bastante antes de que los movimientos bíblico, litúrgico, etc., tuvieran una consistencia seria entre nosotros. La diferente reacción ante las cosas del Concilio marca muy bien la zona de penetración de esta nueva mentalidad.

Si a esto se añade un modo de vida fuertemente retraído de todo lo que no es eclesialístico, reforzado con unos mecanismos de recelo y de defensa que la historia se ha encargado de desarrollar, tendremos uno de los cabos más importantes para explicarnos lo difícil que va a ser para nuestro catolicismo español asimilar a fondo la mentalidad y el espíritu del Vaticano II.

Y sin embargo ahí están los textos conciliares, sus criterios, sus exhortaciones, esperando la generosa respuesta de nuestra ardiente devoción católica. Si el recuerdo de los contrastes y de las discusiones pasadas puede ilustrarnos acerca del sentido exacto de unos textos, ya va siendo hora de olvidar un poco las tendencias y las tensiones episcopales para volcar todo nuestro entusiasmo en la realización de unas enseñanzas y recomendaciones que tienen un valor muy distinto del que le pudieran dar sus iniciales mantenedores en el Aula Conciliar. Bien está que extrememos las cautelas para evitar equivocaciones y desvíos, pero una actitud recelosa y reservona

respecto de lo que son verdaderos caminos de renovación abiertos y recomendados por el Concilio serían del todo opuestos a nuestra mejor tradición de un catolicismo emprendedor y ecuménico.

El Papa Pablo, cuyo magisterio ha penetrado ya tan profundamente en nuestras conciencias, ha dicho recientemente que el fin del Concilio tiene que ser el principio de muchas cosas. Entre nosotros debe ser el principio de una amplia y profunda renovación teológica, desde la alta cátedra de nuestras universidades hasta el sencillo adoctrinamiento de la homilla y de la catequesis. Y debe ser el principio de una sosegada y honesta revisión de nuestros moldes católicos.

Hay muchas preguntas que inquietan hoy las conciencias de los cristianos españoles: ¿Dónde empieza y dónde acaba de verdad la Iglesia en España? ¿Cuáles son sus fuerzas reales, las fuerzas de la convicción y del espíritu? ¿Cómo vamos a hacer frente al lastre de ignorancia, de recelo, de inconsecuencia moral que grava y atomiza en tantas partes el verdadero desarrollo de la Iglesia? ¿Cuál será el modo correcto y oportuno de participar en la vida social sin ceder en nada a la doctrina católica proclamada por el Concilio, pero sin arrogarnos tampoco privilegios que no nos pertenecen, sin humillar ni herir a los españoles que no sientan como nosotros? ¿Dónde está la postura exacta para robustecer la presencia santificadora de Cristo y de la Iglesia en la sociedad, sin entrometernos en el juego de la política, sin sostener ni atacar ningún sistema político o administrativo?

No nos es fácil a los celtíberos dialogar serenamente sobre las cosas que nos afectan de verdad. Pero habrá que irse acostumbrando a ello. En el plano estrictamente religioso y eclesiástico, «IGLESIA VIVA» quiere contribuir a difundir entre nosotros la costumbre de pensar con serenidad y con rigor nuestros modos concreto de vivir el cristianismo, revisarlos, examinarlos por dentro y por fuera, para que el pensamiento cumpla su misión suprema de iluminar y aclarar la vida. Hoy la Teología no se resigna a vivir en los salones de esgrima intelectual. Quiere ser una función de la Iglesia. Porque es su deber. Contribuir al enriquecimiento de la fe, iluminar los modos de vivirla, descubrir las corruptelas naturalistas que se filtran sin cesar en la fe y en las costumbres.

Para cooperar a esta apasionante tarea de renovar nuestra mentalidad teológica, difundir los puntos de vista conciliares, descubrir sus orígenes y desarrollar sus consecuencias, para iluminar con los criterios conciliares la vida y los caminos de la Iglesia entre nosotros, viene a la vida esta Revista.

* * *

A estas horas el esfuerzo conciliar de renovación ha descubierto sus tres dimensiones fundamentales: incorporar a la vida de la Iglesia los más sólidos resultados de los afanes desplegados en el conocimiento de las fuentes cristianas; los movimientos bíblico y patrístico han proporcionado los verdaderos puntos de partida para todo el trabajo conciliar, con ellos la Iglesia ha buscado una comprensión más profunda de su propio misterio;

además la Iglesia ha querido entablar a fondo un diálogo fraternal con el mundo circundante, así quiere llegar a un mayor conocimiento mutuo y a un mutuo respeto que considera como clima indispensable para poder ejercer fructuosamente su misión salvadora con los hombres de hoy;

la tercera dimensión del esfuerzo conciliar se refiere a la renovación de la Iglesia misma en sus elementos internos y externos, individuales y colectivos, administrativos y espirituales. Esta reforma interior es el resultado de su mejor conocimiento y el medio indispensable para desempeñar más fructuosamente su misión fundamental de anunciar el Evangelio y mostrar los caminos de la salvación a todos los hombres de buena voluntad.

De acuerdo con esta complejidad de la empresa conciliar, nuestro trabajo tiene que atender también a estos tres campos. Hace falta primeramente difundir y ampliar lo que podríamos llamar mentalidad teológica conciliar. Y conviene hacerlo cuidando de empalmar con nuestra robusta tradición teológica, con la formación concreta de nuestros sacerdotes y nuestros cristianos. Conviene también entrar a fondo en la comprensión de los movimientos intelectuales y sociales de nuestro tiempo, los que están desarrollándose fuera de España y los que existen dentro de nuestras fronteras sin haber sido quizá tenidos en cuenta con la seriedad y el respeto que merecen. No podemos vivir como si no existiera todo un mundo de pensamiento y de aspiraciones sociales al margen de lo que ha sido hasta ahora nuestro patrimonio. Hay que dialogar, conocerse y transmitirse mutuamente lo que cada uno tenga de positivo y valioso. Por último, hay que tener la humildad y el valor de emprender decididamente la renovación de todo lo que en nuestra vida cristiana personal o colectiva esté gastado, empobrecido, debilitado por el mundanismo, por la rutina.

Aunque es claro que las decisiones concretas han de reservarse a los Pastores, no lo es menos que resulta indispensable una labor de estudio y de enjuiciamiento. Es preciso conocer lo más exactamente posible el pulso y las características concretas del vivir cotidiano de nuestros cristianos, de nuestras parroquias, de la Iglesia de España entera. Descubrir con objetividad y con amor sus valores y sus deficiencias, iluminarlo todo con las enseñanzas y las exhortaciones del Concilio, proponer remedios, formular metas posibles y deseables.

Pensamos que la Teología, la enseñanza de la Iglesia, no debe concebirse como un deporte intelectual que se recrea en las deducciones y en la dialéctica, sino que tiene la misión gravísima de aclarar el contenido de la fe y las exigencias de la caridad en unas circunstancias concretas, siempre cambiantes, que piden la atención y el esfuerzo constante. Con esta concepción religiosa y responsable del saber queremos estar modestamente presentes a la hora crítica de realizar el Concilio en esta porción de la Iglesia universal que somos los católicos españoles. Para este trabajo convocamos a los pastores, doctores y simples cristianos militantes de la acción y del pensamiento que quieran trabajar con nosotros. «IGLESIA VIVA» nace ya como punto de convergencia del trabajo y los anhelos de varios grupos de profesores, clérigos y laicos, pero tiene la esperanza de servir de cauce a muchos más y multiplicar el fruto de sus esfuerzos en esta fuerte tierra española.

* * *

En cuanto a las características materiales de la Revista, he aquí lo más interesante:

Por ahora se publicarán seis cuadernos anuales más un volumen monográfico sobre algún tema especialmente interesante. Cada número, con casi un centenar de páginas, llevará a los lectores tres artículos doctrinales. Queremos que sean magis-

trales pero no eruditos, originales y sugerentes más que científicos y exhaustivos. Con ellos irá un boletín bibliográfico en el que un especialista exponga en cada número la situación actual de un tema concreto y oriente a los lectores del modo más práctico posible acerca de los pocos libros o artículos indispensables para informarse sobre el tema. Nos gustaría poder proporcionar con estos boletines una guía práctica para el estudio personal o en equipo, preparación de cursillos, confección de bibliotecas, etc.

Uno o dos comentarios breves completarán el material de cada cuaderno. En ellos se tratarán levemente temas ocasionales, sucesos, discursos, que tengan un especial valor aleccionador. Al final de todos los números se hará la presentación amplia de dos o tres obras recientemente publicadas que tengan un verdadero valor dentro de nuestro propósito. No haremos comentario más que de muy pocas obras, de las verdaderamente interesantes y singulares. Preferimos reducirnos en la extensión y poder ofrecer un comentario que sea una verdadera introducción teórica y práctica a la lectura de la obra. Creemos que así hacemos un servicio más útil y más serio.

Por supuesto que aceptaremos la colaboración de todos los que se animen a enviarla con tal de que encaje dentro del espíritu y de las intenciones de nuestra Revista.

Al terminar esta presentación, se me ocurren las humildes y sinceras palabras de San Agustín después de haber anunciado a los fieles de Hipona sus propósitos de vida en común: «Esto es lo que queremos; orad para que lo consigamos».

LA HORA DE LA ACEPTACION

J. Ignacio Tellechea

EL Concilio comienza realmente, para la vida de la Iglesia, cuando da remate a sus sesiones y ofrece, con todo el peso del más grave mandato, sus frutos o decisiones. Un Concilio no puede ser simplemente un libro, letra muerta ofrecida a eruditos, historiadores o comentaristas. Es más bien como una semilla depositada en el corazón de la Iglesia, cuyo dinamismo interior lleva esencialmente el proyecto de realidades más amplias; es como la levadura evangélica, no aislada, sino inserta en la masa, y ordenada a penetrarla y hacerla fermentar por completo, sin que quede parte alguna de la misma sin recibir sus efectos.

FE EN EL CONCILIO

Muchas veces se ha recordado a lo largo del Concilio que este era fundamentalmente un acontecimiento religioso. Al final del mismo, Pablo VI ha vuelto a insistir solemnemente en el mismo punto en su Breve conclusivo: «reunido en el Espíritu Santo». Por lo mismo, deduce lógicamente esta conclusión: «Todo cuanto ha sido establecido sinodalmente, venga *religiosamente* observado por todos los fieles». No sé qué dirán los filólogos acerca del sentido último de esta palabra, *religiose*. Lo indudable es que teológica-

mente el Concilio se nos presenta como una directriz, particularmente religiosa a un impulso del Espíritu Santo sobre la Iglesia, y que su aceptación consciente debe revestir todas las calidades propias de una actitud profundamente religiosa y teológica.

La fe en el Concilio, una honda actitud obediencial respecto a él, es necesario situarla en la misma línea que la fe en la Encarnación del Verbo: fe que no nos dispensa de tomar en serio la humanidad de Cristo (y del Concilio), pero que nos empuja a admitir algo trascendente detrás de los gestos y hechos humanos de Cristo (y del Concilio). Mucho se ha especulado sobre el costado humano del Concilio. Algunos parecían olvidar en la práctica su significado teológico permanente y lo reducían a un mero juego de fuerzas humanas. Pero otros parecían querer ignorar el juego, ponían sordina al contraste de opiniones y trasponían la unidad fundamental a niveles de rosada uniformidad, como si lo humano pudiese comprender el aspecto sobrenatural del Concilio.

Es verdad que lo «sinodalmente establecido» adquiere categoría especial, y en definitiva es eso lo que compendia el formal mandato conciliar. Es el molde renovado en el que ha de fundirse una renovada Iglesia. Pero también en la fragua de ese molde ha estado presente el Espíritu Santo. Y aunque sería erróneo ver una consigna formal del Espíritu Santo en cada una de las voces, individualmente consideradas, o en cada uno de los detalles, no sería menos erróneo pretender ver en el juego de fuerzas conciliares una mera manifestación humana, ajena por completo a las insinuaciones del Espíritu. Acaso hoy, una especie de fideísmo falso quisiera hacernos olvidar, como una pesadilla negra, ese pasado inmediato del acontecimiento conciliar, como si fuese peligroso o empañase nuestra pura fe el asomarnos al repaso «de lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos...» (1 Jn., 1, 1), del Verbo de la Vida, que se ha disfrazado en la humana carne del Concilio y se nos manifiesta más palmariamente en la voluntad final conciliar.

EXEGESIS CONCILIAR

Si hemos de aceptar en el Concilio una especie singular de mensaje de Dios, claro está que para la inteligencia de tal mensaje hemos de echar mano de nuestras luces y recursos, como en el caso de la exégesis de la Palabra de Dios o de los documentos del magisterio de la Iglesia.

Una primera exigencia de esta exégesis, aplicable al Vaticano II igual que a cualquiera de los otros Concilios, es la valoración teológica de sus documentos a la luz de los métodos usuales de la Teología. La calificación teológica de las Constituciones, Decretos o Declaraciones del Concilio es una tarea legítima. Tal espíritu crítico —crisis significa enjuiciamiento— no debe interpretarse a priori como una actitud remolona u obstructiva. El apreciar entusiásticamente como principios dogmáticos todas las directrices conciliares sería una muestra de falso fervor conciliar. El Concilio Vaticano II no puede quedar al margen de las normas críticas de valoración e interpretación que se han aplicado a otros Concilios anti-

guos, igualmente congregados «in Spiritu Sancto». No me corresponde a mí en este momento matizar el valor de las distintas especies de documentos. En cambio sí quiero referirme expresamente a las derivaciones que puede tener este sensato afán de rigor.

El Vaticano II no es ni más ni menos Concilio que los demás. Ante él cabe un maximalismo o un minimalismo. Un maximalismo que olvida que repetidas veces se nos ha dicho que no intenta ser un Concilio de definiciones o anatemas. No podemos encontrar en el efecto lo que expresamente se excluyó del orden de la intención. No puede por tanto anatematizarse tras el Concilio un modo de interpretar que sea, no favorable o desfavorable, sino simplemente justo y riguroso. Mas, tampoco es admisible un minimalismo de resistencia interior que no otorgue al Vaticano II la misma reverencia con que se acepta otro Concilio cualquiera. No es tan raro escuchar respecto al Vaticano II expresiones que serían absolutamente rechazables y escandalosas aplicadas a otro Concilio.

Tal exégesis intenta establecer claramente los límites y los márgenes de libertad del católico. Mas, en un Concilio que se ha definido a sí mismo como pastoral, ha de abarcar tanto líneas de elaboración conceptual, como pautas dinámicas de acción concreta, en la que se debe reflejar el impulso conciliar. En este supuesto, junto a un posible minimismo teórico, puede aparecer un minimismo práctico, en el que la *praxis* instaurada traicione al impulso conciliar.

ESTILO CONCILIAR

Antes de pensar en los frutos o directrices expresas del Concilio, a las que hemos de ser fieles, creo que habría que pensar en algo más impreciso, pero real, que ha de dejar su huella en la Iglesia contemporánea: lo designaría como *estilo conciliar*. Este estilo se ha reflejado en hechos y gestos, vinculados más o menos directamente al Concilio: en hechos del Papa, del mismo Concilio, de grupos o particulares, de gran impacto en la conciencia general; y en el hecho mismo del Concilio con todo lo que él ha supuesto.

Hay quienes se empeñan en decir que no ha pasado nada, que no existen aportaciones dogmáticas nuevas, que nos encontramos sustancialmente en las posturas de siempre, que tras la agitación y la publicidad falseada y tendenciosa, todo volverá a sus cauces normales. Personalmente pienso que han pasado muchas cosas, cosas insólitas e inesperadas, no imaginables hace muy pocos años. El Cardenal SUENENS, buen conocedor de la entraña conciliar, afirmaba recientemente en Roma que, comparadas las respuestas del Episcopado mundial a la invitación inicial de Juan XXIII con el resultado final del Concilio, se puede apreciar justamente el camino recorrido en pocos años. Aun cotejando el punto de partida, esto es, las primeras redacciones de diversos esquemas conciliares, con los definitivos, se aprecia la evolución y el progreso. Siendo sinceros, tenemos que confesar que ideas que hace quince años eran tenidas por sospechosas e inquietantes, hoy forman parte del lenguaje y de las líneas marcadas por el Concilio, v. gr., en el campo del ecumenismo.

En este sentido, el Concilio es algo mucho más amplio que el conjunto de documentos conciliares: es una realidad compleja, un estilo, suscitado por el Concilio (o con su ocasión), que comprende el significado de los viajes de Pablo VI a Jerusalén, a Bombay y a la ONU; las palabras del Papa, el levantamiento de la excomunión al Oriente separado, el sencillo anillo pastoral regalado a los obispos, el contacto de los distintos episcopados, la efervescencia teológica, la conmoción de amplios sectores de la opinión pública, etc.

La *catolicidad* de la Iglesia se ha expresado y ha podido ser vivida en escala constante y tangible desacostumbrada: aproximación de Continentes, vinculación de obispos con teólogos, participación de seglares, atención a los separados, apertura hacia los no cristianos, etc. Catolicidad viva también en las tensiones entre formas de pensar y contrastantes: Iglesia Latina - Iglesia Oriental; Iglesia misionera o de periferia - Iglesia de viejas cristiandades; grupos de avanzadilla o grupos más bien conservadores; Catolicismo europeo - Catolicismo afro-asiático o americano; pensamiento teológico y moral renovador, o instalado en los esquemas clásicos, etc. Esta especie de pluralismo, expresado o nada más apuntado en el Concilio, que para unos es pura confusión, para otros significa gran riqueza interior. El Concilio lo ha admitido en su seno, sin anatemas como los que se oyeron en el mismo Vaticano I. Con ello ha demostrado prácticamente que hay mucho espacio dentro de la Iglesia y de su unidad fundamental. Ha acabado con el monolitismo y con fáciles patentes de ortodoxia. Ha puesto al descubierto en pleno siglo XX que la Tradición, esa palabra de la que se abusa queriendo dar carácter sagrado y absoluto a lo que es simplemente local o histórico (mentalidad, costumbres, estilo), es una realidad compleja y rica, amplia en el tiempo y en el espacio.

Dentro del estilo conciliar es preciso destacar otras realidades: el Concilio se ha desenvuelto con unos márgenes de *libertad* desacostumbrados quizá desde el siglo XVI. Ha procedido dentro de una fórmula *dialogal* y de contrastes, igualmente insólita, no sólo en el nivel jerárquico, sino en el clima general de la Iglesia. Ha demostrado una *sensibilidad* frente al hombre de hoy y sus problemas, ante la opinión de los separados y de seglares, ante la opinión pública. Ha ejercitado con nobleza una *crítica* firme, con amor a la Iglesia, de la que no ha quedado exenta la misma Curia romana. Se han escuchado voces patéticas que han reclamado un espíritu más evangélico, una pobreza más real, un respeto al hombre, un concepto más espiritual de la autoridad entendida como servicio, una estima del sacerdote y del seglar, etc.

A la luz de estas reflexiones, podrá entenderse lo que desigño como posible traición al «estilo» del Concilio, estilo que ha dejado una profunda huella en el alma de cuantos, de cerca o desde lejos, han seguido con amor y fervor el Concilio. Es precisamente ese estilo el que ha producido efectos más benéficos sobre espíritus distanciados o disociados de la Iglesia. ¿Por qué habría de darse por acabado ese estilo conciliar? ¿No significaría traicionar algo sustancial al mismo? ¿No son acaso «signos de los tiempos del Espíritu» y han sido estimados como tales? ¿No sería traicionar al Concilio, volver otra vez al aislamiento, olvidar que existe el Oriente,

y Africa, y unos hermanos separados, Iglesias de brecha misionera, tarea teológica en que proseguir, sensibilidad que mantener, diálogo que perpetuar, humilde crítica que ejercer, revisión permanente que ejercitar? ¿Es necesario cerrar los márgenes de libertad y opinabilidad, olvidar la humildad y el sentido de servicio, reducir la Iglesia al campanario o a los estrechos límites de la diócesis o de la nación? ¿No será preciso continuar la labor y mantener el estilo adoptado, cantar en clave de fa, —a nivel diocesano y parroquial, de seminarios y casas religiosas, de movimientos seculares—, lo que hemos oído cantar en clave de sol, esto es, a nivel universal y de instituciones supremas? Demostrada la holgura interna de la Iglesia Católica, que ha devuelto la paz espiritual a no pocos, ¿habría de volverse al espacio estrecho, al monolitismo y uniformidad plena, sin resquicio para el movimiento?

Estoy aludiendo, naturalmente, al posible peligro de frustrar ese estilo conciliar. Sólo un sobrenaturalismo falso pudiera hacernos creer que el pensar en tal posibilidad atenta contra la fe en el Concilio. Basta saber un poco de historia para tener ideas muy concretas sobre esta posibilidad. Si pensamos en el Concilio V de Letrán, hemos de reconocer que pocos años antes de Lutero la respuesta de la Iglesia no estuvo a la altura del programa lateranense y que ese mismo programa estuvo fuertemente condicionado por la situación de los hombres que lo hicieron. Si pensamos en Trento, un Concilio que a pesar de su distancia ofrece no pocos puntos de analogía con el actual, precisamente en el dinamismo pastoral, el resultado no nos es desconocido: después de él no faltaron hombres que se empeñaron en plasmarlo eficazmente en la vida de la Iglesia, total o parcialmente. Pero tampoco faltaron frenillos y fuertes: en tal sentido actuaron la misma Roma, obispos, cabildos, exenciones, etc.

Precisamente por lo que tiene de insólito el estilo conciliar puede desembocar en una dirección ambivalente: en el fervor del acontecimiento ha pòdido suscitar entusiasmo fácil y contagioso; mas desaparecido el hervor del momento, puede volver a pesar lo acostumbrado, lo tradicional y rutinario, los esquemas habituales identificados con el modo de ser, para hacernos pensar que «aquello» fue pasajero y efímero, fruto de una euforia colectiva, y no imperativo nuevo que luego ha de traducirse en la vida normal y cotidiana. El fervor seminarístico puede apagarse al contacto con la vida real y nunca faltan viejos agoreros, profetas jeremíacos, que aseguran con aplomo: «Ya verás», o «ya veremos». También el fervor conciliar puede apagarse, una vez abandonado el clima conciliar, de tensión, artificioso en parte, e incrustados todos en las viejas estructuras, en los ambientes particulares, en los modos de comportamiento usuales que han configurado durante mucho tiempo nuestras personas. Para la Prensa diaria el Concilio ha dejado de ser noticia ineludible. Tras el entusiasmo de un primer período de asambleas, conferencias y comentarios escritos, decrecerá forzosamente el interés publicitario. Sin embargo, nos embarcamos en un largo período, que ha de ser iluminado por el Concilio y construido a su luz.

Más aún. Precisamente porque el Concilio ha sido un acontecimiento abierto y aireado a los cuatro vientos, seguido con interés por millones de hombres, y ha despertado anhelos y esperanzas, es en cierta medida patrimonio de todos. Pablo VI lo señaló algún día: El Concilio es *para todos*. Y el último día lo ha rubricado con palabras inequívocas: «se extiende y ensancha hacia todos, hacia el mundo entero...» Ha dirigido su saludo «a todos y cada uno, a los que lo acogen y a los que no lo acogen»... «todos pueden y deben ser alcanzados. Nadie es extraño a la Iglesia Católica, a nadie se le excluye, a nadie se le considera alejado»... Este hecho y esta intencionalidad, nunca dados en Concilio alguno en esta medida, compromete particularmente a la Iglesia postconciliar entera, en su fidelidad al Concilio.

En nombre del Concilio, no en nombre propio o de ideología laicista, el mundo, cristiano o no, nos interpelará y acusará, nos exigirá sin descanso. Cabe dividir tal interpelación, alegando sanamente que frente a la interpretación particular de cada uno, ha de estar la interpretación jerárquica del Concilio. Es verdad. Los pastores han de marcar el camino a sus ovejas. Mas, como decía un viejo autor, obispo del siglo XVI, sin olvidar que son ovejas espirituales que, aunque «hayan de esperar principalmente la guarda y defensa de sus pastores, Dios les ha dado lumbre de entendimiento de la misma natura y calidad que a ellos, y deben, usando de ella, ayudarse unas a las otras» (DÍAZ DE LUGO).

El posible pecado de escamoteo del Concilio por parte de los pastores (Obispos, sacerdotes, educadores) resultaría hoy más patente que nunca, ya que su espíritu se ha difundido, sus decisiones están al alcance de todos, y responden a profundos anhelos. Por eso, aun admitida la lógica salvedad de la interpretación oficial y jerárquica, la fidelidad en tal interpretación es fundamental como gesto de autenticidad, cuando el pueblo cristiano ha percibido el estilo conciliar, lo ha incorporado a su alma como patrimonio suyo, y posee la suficiente sensibilidad y «lumbre natural» como para apreciar si se es fiel al Concilio o éste queda, más o menos, en letra escrita.

LETRA Y ESPÍRITU

Descendiendo a los documentos concretos conciliares y sin pretender analizarlos uno a uno, cabe distinguir en ellos la letra del espíritu. A efectos de aplicación, es claro que es más simple realizar el articulado de un reglamento que conquistar un nuevo nivel de espíritu. En tal sentido es mucho más laboriosa una asimilación plena del espíritu conciliar que la aplicación inmediata de determinadas reglas. Es fácil suprimir el último evangelio de la Misa o instaurar unas modificaciones rituales; es difícil educar hondamente al pueblo en sentido litúrgico y bíblico. Es fácil vender cien mil Biblias; es más difícil inculcar el sentido de la Palabra de Dios. Es fácil corregir detalles del reglamento de un seminario; muy difícil lograr el tipo sacerdotal ofrecido por el Concilio. Es fácil cambiar de anillo pastoral o de tenor de vida sacerdotal; más dificultoso plasmar en la vida

la sencillez evangélica. No cuesta mucho lograr unas reuniones ecumenistas; cuesta más asimilar los principios del ecumenismo. Es sencillo nombrar una especie de senado sacerdotal, representativo del *presbyterium* y compuesto de auténticos *seniores*; mucho más complicado devolver al clero la conciencia de familia, de colaboración, de asociación afectiva y efectiva al Obispo-padre. Es facilísimo discursar sobre el diálogo y sobre la dignidad de la persona humana; mucho más difícil dialogar verdaderamente, respetar la persona, estimarla y amarla. Es fácil decir que no hay alejados para la Iglesia, que todos son invitados, que los pobres son los predilectos; difícil sustraerse al aislamiento, a la cerrazón ante los enemigos o distanciados, a mil compromisos y circunstancias que nos hagan olvidar a los citados «predilectos». Es fácil admitir en principio la libertad religiosa; aún más fácil reducirla a una palabra sin contenido. Es fácil realizar algunos gestos que expresen la pobreza de la Iglesia o su renuncia a estructuras o formas de poder; muy difícil desprenderse de una mentalidad secular y de hábitos muy enraizados. Es fácil animar al seglar con palabras y hablar de su mayoría de edad; más difícil responder con los hechos y correr el riesgo de tomar en serio esa mayoría de edad.

La lista sería interminable. Los ejemplos son suficientemente expresivos y claros. Todavía habría que decir que, en suma, es fácil mantener enhiestos y con convicción unos principios, pero más difícil traducirlos a la realidad menuda: transformar los solemnes billetes en calderilla. Plasmar ese espíritu en instituciones y personas, en la predicación y en la enseñanza, en el trato personal, en el testimonio de vida.

LA LETRA MATA

Sólo esta asimilación honda y auténtica del espíritu del Concilio significa verdadera fidelidad al mismo, porque sólo «el espíritu vivifica». En cambio, la letra muerta, la interpretación maquinal y casi mágica o mecánica de la letra, siempre mata lo más puro y noble. Acaso hoy se haya superado esa mentalidad; mas hace unos años, con ocasión de las primeras sesiones conciliares, no eran pocos los sacerdotes que preguntaban o solicitaban «cosas concretas» del Concilio: letra, reglamentos, minucias. Lo más concreto es la vida misma, pero ésta no se ajusta a esquemas, ofrece infinidad de recursos, matices y reacciones. Lo mismo se diga del espíritu renovado o vivificado. Por eso, después de una aceptación cordial, amorosa y transformante del Concilio, cabría repetir el adagio agustiniano: *Ama et quod vis fac*.

Una de las formas posibles de este literalismo pernicioso podría ocultarse también tras cierto pasivismo mecánico ante el Concilio. Creo que fue K. RAHNER quien habló en Roma como de uno de los posibles peligros postconciliares, de un cierto «escolasticismo conciliar»; esto es, de ver en el Concilio una especie de ápice insuperable, que nos obligase simplemente a comentarlo sin fin y a comentar los comentarios, como en la Escolástica decadente. Posiblemente él se refería al quehacer teológico. Mas el peligro apuntado abarca campos más amplios. La puesta al día en la industria o en la investigación, nunca constituye una meta definitiva, sino una imperio-

sa necesidad de presencia y eficacia y un punto de partida siempre abierto a nuevos logros. Lo mismo pudiera decirse del Concilio. Su afán de modernidad, de sensibilidad al *hoy*, pertenece también a su estilo, y sería esencialmente frustrado si cayésemos en un fixismo o nos detuviésemos en sus resultados, en un hoy que rápidamente se transforma en un ayer. Por otra parte, no podemos olvidar que no pocas cosas han quedado nada más que apuntadas en el Concilio, lo mismo en el orden doctrinal que en el pastoral; y que consiguientemente están exigiendo su desarrollo. Por último, el Concilio no ha descendido a casos particulares ni ha resuelto problemas prácticos, pero nos ha enseñado a no esquivarlos, a afrontarlos con honradez, sinceridad y humildad.

¿Pensarán algunos que el problematismo ha sido un mal epidémico conciliar, o que con ignorarlos se desvanecen los problemas? ¿No será necesario proseguir el ejemplo, pensar personalmente, seguir revisando cosas, descender a niveles concretos? A un párroco que me preguntaba: ¿Qué nos mandará el Concilio?, le respondí: Lo que ciertamente no le va a mandar es que abra una puerta lateral en su parroquia para resolver las tremendas aglomeraciones de entrada y salida de los domingos. Y no le va a mandar porque tiene una grande estima de Vd., que tiene unos ojos para ver y una cabeza para pensar. Valga la ejemplificación como símbolo de tantas posibles cuestiones, más o menos importantes. En una palabra, el Concilio no nos cierra el camino de la necesaria reflexión personal, sino que la estimula y nos da ejemplo. Las esperanzas mágicas en la letra del Concilio, ni en cuanto a su virtualismo transformante ni en cuanto a su contenido, pueden conducirnos a esos efectos «plenos, íntegros» reclamados por el Papa. En suma, el Concilio más que un muro no traspasable, que un pantano donde todo está contenido, dicho y pensado, es un faro que ilumina el camino, un cauce o canal que ha de ayudar a recoger y hacer fecundas las aguas, precisamente permitiéndolas correr. En tal sentido, el equilibrio conciliar y el propio equilibrio de Pablo VI, padre de todos y no banderizo, pertenece también a ese estilo conciliar que ha de ser participado o trasvasado a toda la Iglesia.

Este trasvase del espíritu y estilo conciliar a toda la Iglesia, no puede olvidar que el Concilio ha terminado y que nadie goza de *su* autoridad moral para dictar normas o soluciones. Pablo VI acaba de recordar que no es lícito querer volver y seguir instalado en los viejos hábitos, ni tampoco el desear una especie de Concilio permanente, en que todo sea cuestionable e inseguro o cada uno pretenda patente de corso para imponer ideas de su propia cosecha. Sin embargo, salvado cuanto hay de intangible en el Vaticano II como en los demás Concilios, y supuesta una auténtica aceptación de ello, el mismo no volver a los viejos hábitos supone un modo de permanencia del mismo Concilio, y para la verdadera aceptación del mismo se requiere poner propia cosecha; para entenderlo, realizarlo, adaptarlo a cosas concretas, revisar comportamientos, instituciones y conductas con afán de fidelidad al Concilio; para seguir estudiando en la línea marcada por el Concilio, especialmente en aquellos puntos que el propio Concilio no ha querido sino abrir un camino.

La tarea requiere un equilibrio difícil, pero necesario. Sólo una interpretación mecánica y literalista puede impedir el esfuerzo de reflexión, la iniciativa personal, los ensayos sensatos y la necesaria «propia cosecha», a la que ciertamente no se opone el deseo del Papa. Pensemos en el Decreto sobre formación sacerdotal. En él se propone un tipo sacerdotal ideal y se señalan unas líneas generales para la organización de los Seminarios; pero se indica de modo genérico la conveniencia de adaptar la formación a las necesidades pastorales de las regiones en que ha de ejercitarse el ministerio, sin precisar cuáles sean esas necesidades y cuáles los módulos de adaptación. No precisa el sistema concreto para desarrollar en el seminarista la madurez requerida, no desciende a detalles concretos de disciplina, no indica la estructuración más apta de un determinado tratado teológico, no señala los límites de la disciplina y de la libre iniciativa del seminarista, deja a juicio de los Obispos la conveniencia de interrumpir los estudios o de ensayarse pastoralmente los seminaristas, así como la posibilidad de retrasar la edad de la ordenación; habla de la necesidad de revisar los métodos didácticos o de incorporar a la tarea formativa los hallazgos de las ciencias psicológicas y pedagógicas, etc. ¿Qué significa la aceptación verdadera de esas directrices sin la aportación de la propia cosecha en un esfuerzo leal por repensar, tanto los problemas en sí como la pauta conciliar, por ensayar métodos y fórmulas, por traducir a normas concretas y adaptadas las grandes directrices conciliares? La severa amonestación del Papa no puede referirse a este modo responsable de aceptar el Concilio, sino a un tipo de individualismo anárquico que, en definitiva, atiende más a la propia iniciativa que a la voluntad expresa del Concilio.

EL RITMO DE LA HISTORIA

El Concilio es una semilla o fermento. Mas, a la hora de pensar en su aplicación o aceptación efectiva, no podemos prescindir de la tierra o de la masa en que ha de ser depositado. La tierra somos cada individuo, cada comunidad local, parroquial o diocesana, los diversos países: realidades todas muy complejas, en cuya valoración entran tantos elementos, positivos y negativos. El drama del juego entre libertad y gracia, con todos sus condicionamientos, está presente en la aceptación de la luz conciliar; y de no ser víctima de un optimismo cándido, hay que prever sin escándalo rendimientos del treinta, sesenta o ciento por uno.

Muchas veces nos referimos con inquietud al pueblo y a su impreparación. Siguiendo el término acuñado por el propio Concilio, creo que podríamos decir que es el «pueblo de Dios» entero el que, *en la medida* en que el estilo y los resultados conciliares pueden ser calificados de *insólitos*, no está acostumbrado o psicológicamente preparado para encajar plenamente el lenguaje conciliar. Pablo VI aludió recientemente con feliz metáfora al tiempo conciliar del arado y la roturación, y al tiempo del cultivo que llega después del Concilio. Todavía queda mucho por roturar. El Concilio nos parece algo milagroso: ha removido la tierra, roto su costra seca, ahondado en su entraña. Pero más que una realidad de validez universal, aplicada a cada miembro de ese pueblo de Dios, ha sido un gesto

inicial prometedor. No responde a una real y universal transformación de todas y cada una de las conciencias. Si nos parece insólito el gesto, es porque no era usual y corriente. Nos ha sorprendido, porque no estábamos acostumbrados a él. Por eso si este es el momento en el que «cada uno debe disponer su propio espíritu», en palabra del mismo Pablo VI, tal disposición implica aún etapas de dolorosa roturación. Sería ilusorio pensar en cultivo mimoso sin esa labor previa. Hay que ablandar el terreno, limpiarlo de piedras y de cardos. También aquí cabe poner la mano sobre el arado y mirar pronto hacia atrás, refugiarse en esas realidades complejas que llamamos tradición, mentalidad, estructuras, compromisos, tranquilidad. No se rompen secos y ásperos terrones en un día; pero es preciso romperlos para la sementera. Tal labor *nos* afecta a todos y *nos* duele a todos. Se requiere una gran libertad interior, en el sentido espiritual o ascético de la palabra; magnanimidad de alma propia de las empresas arduas, fortaleza y docilidad de espíritu, equilibrio y sentido de la realidad, etc.

El Concilio ha roto cierto monolitismo (de mentalidad, de tradiciones, de estilos históricos de vivir el Catolicismo, de excesivo localismo, de *ghetto* cristiano aislado de lo no cristiano) y ha sido una espléndida vivencia de universalidad y holgura. En su aplicación y bajo pretexto de adaptación, cabe recaer en formas estrechas, en mentalidad cerrada y aislacionista, en localismos que acaso no responden a formas de pensar y ser, cada vez más abiertas al ancho mundo. El Concilio puede ser considerado como una primavera —decía el Cardenal SUENENS—, porque, como en ella, podemos contemplar, tanto ramas caducas como pimpollos que rebrotan. Las categorías de *caduco* y *vivo*, aplicadas velada o claramente en los debates conciliares y en sus documentos definitivos a la realidad eclesial, encuentran una acogida mucho más amplia de lo que pudiéramos pensar en el juicio espontáneo de las gentes.

Estas van a aplicar con un certero instinto tal metro a nuestra realidad postconciliar, tanto a las supervivencias de lo tradicional como a los ensayos de renovación. «Esto va, o no va, con el Concilio», es una expresión que está frecuentemente en los labios del hombre de la calle. Puede equivocarse, naturalmente. Mas, después de reconocer en el Concilio que el pueblo de Dios posee un «sentido de la fe», otorgado por el Espíritu Santo, sería pretencioso pensar que siempre se equivoca.

Por otra parte, refiriéndome ya concretamente a la masa de creyentes, estimo que es urgente y necesario hacer un balance sincero de su situación a la hora de juzgar sobre ella como término o destinataria del mensaje conciliar. La sinceridad conciliar, otro ingrediente de su estilo, ha de traducirse en una gran sinceridad, a escala universal o local a un tiempo. Personalmente puedo decir, después de una rica experiencia de conferencias sobre tema conciliar a los públicos más variados (hombres de A. C., religiosas, masa popular, etc.), que he sido el primer sorprendido sobre su capacidad de encajar la problemática suscitada por el Concilio y por sus decisiones. Cabe recordar, en un campo concreto como el litúrgico, la general aceptación que ha tenido la reforma litúrgica, no obstante el

miedo existente a la turbación del alma popular. Esquemas tradicionales y fáciles sobre realidades muy complejas y variables, como el de unidad religiosa nacional, arraigo de las tradiciones, mentalidad cerrada del pueblo, etc., se cuartejan hoy en buena parte si atendemos a la estadística religiosa honrada y sobre todo a la transformación espectacular, y acaso única en su género en nuestra historia, de la sociedad española. El turismo, las migraciones del campo a la ciudad, la industrialización, la madurez creciente de la clase obrera, la promoción escolar, la emigración masiva al extranjero, las corrientes ideológicas, etc., son otros tantos factores que ponen de relieve la candidez de ciertas apreciaciones sobre la situación de nuestro pueblo. Hay que pulsar honradamente esta realidad antes de partir de presupuestos, ya arrumbados o en rápido curso de arrumbamiento, que ofrecerían una óptica falseada de las posibilidades de aplicación conciliar. Por último, si la prudencia aconseja contar con el peso de la inercia de unos, aconseja igualmente no olvidar la inquietud, rayana en la exasperación, de otros.

Es delicado establecer el ritmo evolutivo justo: ello corresponde al Episcopado y éste acaba de responsabilizarse solemnemente con la tarea en un documento que nos hace concebir esperanza. El ritmo no ha de ser igual en todas las regiones o diócesis, en cada parroquia, en la ciudad y en el campo, en los diversos sectores o estratos sociales. El ritmo no puede ser iconoclastia y brusquedad. Pero ha de ser eficiente, progresivo y rápido, porque el vértigo moderno agosta pronto las esperanzas. Ha de aprovecharse el impulso conciliar, la expectación suscitada: hay que pensar, ensayar, estudiar las experiencias, con ritmo creciente. No se puede esperar demasiado. De lo contrario existe el peligro, no sólo de «ir en el furgón de cola, sino de perder el tren», acaba de declarar el Obispo de Salamanca.

LA GRAN OPORTUNIDAD

El Concilio se presenta así como la gran oportunidad: Una oportunidad excepcional que puede ser frustrada; una helada intempestiva puede malograr las promesas de la primavera. O una oportunidad que puede ser aprovechada hasta el máximo. Siendo sinceros hemos de confesar que unos tienen miedo *al* Concilio, temen ruinas de su fuerte sacudida. Otros tienen miedo *por* el Concilio, temen que su luz y su fuego sean absorbidos por la penumbra y la tibieza.

El Concilio ha concluido. Es la hora de la aceptación. La Iglesia ha renovado su motor y su vitalidad. Para que se mueva por entero hay que «meter el embrague», permitir que su fuerza propulsora llegue al último rincón, a cada uno de los hombres, a cada uno de nuestros gestos. Es la hora de los hechos, no de los discursos; de los frutos, no de las promesas; de un estilo renovado, no de detalles aislados.

La obra desborda nuestras fuerzas y requiere la asistencia del Espíritu Santo. El éxito de esta vida renovada, no depende del que planta ni del que riega, sino de Dios, único poseedor de la vida.

Pero en la actual providencia es preciso plantar y regar. Nuestra responsabilidad y nuestro miedo se refieren a esto segundo; nuestra espe-

ranza está colgada de lo primero. De esta redención permanente de la Iglesia, de su revivificación y purificación, vale igualmente la expresión agustiniana: «Qui creavit te sine te, non redimet te sine te».

El Concilio quedará siempre como un faro luminoso, como una voluntad sincera de renovación, de fraternidad, de comunión con el mundo. Para que tal voluntad se transforme en realidad, debiera resonar en cada alma la oración que cada mañana entonaban humildemente los Padres conciliares: *Adsumus, Domine*. Aquí estamos, Señor, manos a la obra y dóciles a Ti.